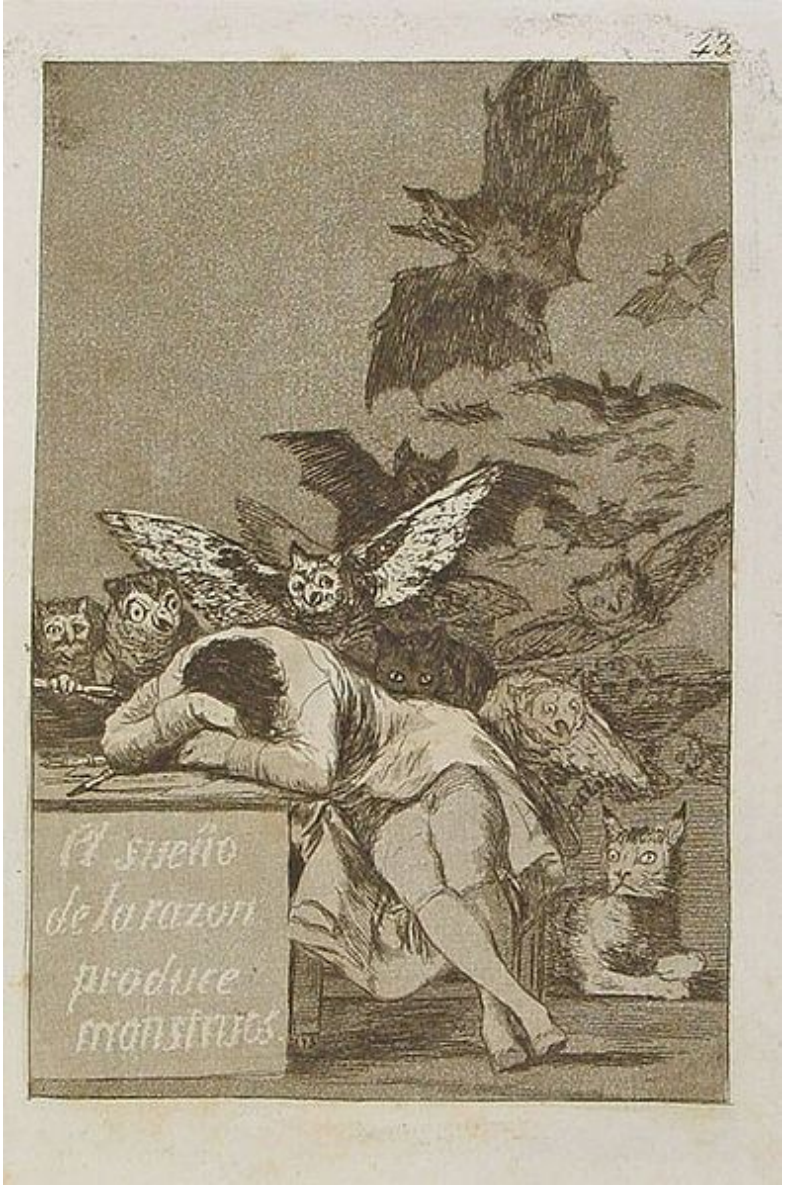

Y si pensamos ahora en el soberbio grabado de Goya que el pintor rotuló con la leyenda "El sueño de la razón produce monstruos", tal vez podamos explicarnos en qué estriba esa crisis de la herencia ilustrada que hemos dado en denominar la postmodernidad, esto es, la postilustración.

En el grabado, un hombre duerme, momentáneamente traspuesto al parecer, acodado sobre una mesa de trabajo -si no la de un filósofo, la mesa, digamos, de un intelectual- mientras, en la penumbra de la estancia, le rodean y sobrevuelan una serie de repugnantes, peludos y alados monstruos, los monstruos de que se suponen producidos por el sueño de la razón.

En un libro inspirado en tal motivo, José Enrique Rodríguez Ibáñez apuntó sagazmente hace algún tiempo que el grabado admite más de una interpretación. En una primera interpretación, que calificaríamos de premoderna o preilustrada, -y a la que cabría incluso calificar de anti-ilustrada o contrailustrada-, esos monstruos que pueblan el grabado habrían de ser atribuidos al delirio racional del hombre, es decir, a su olvido de las sanas costumbres de la tradición.

Para una segunda interpretación, que merecería ya el calificativo de plenamente moderna o ilustrada -y que sería, con toda probabilidad, la que el propio pintor habría hecho suya-, los monstruos en cuestión serían producto no de

la ensoñación o el sueño activo, sino, por así decirlo, del sueño pasivo de la razón humana, cuyo perezoso dormitar dejaría abierta la espita de las tinieblas del oscurantismo.

Pero hay todavía una tercera interpretación posible -a la que no sería del todo improcedente ver calificada de postmoderna o postilustrada- sobre la cual no tenemos otro remedio que demorarnos, aunque sea brevemente, a continuación. De acuerdo con ella, el sueño de una razón excesivamente ambiciosa podría haberse acabado volviendo, paradójicamente, contra los postulados iluministas que en sus orígenes lo alentaron. Aquellos postulados nos prometían la liberación, pero -a juzgar, al menos, por lo que ha sido la historia del reciente siglo XX, a saber, una crónica de horrores impensables desde el proverbial optimismo dieciochesco- más parece que nos hayan sumido en un lóbrego calabozo, aherrojándonos con las cadenas de nuevas y variadas formas de esclavitud.

¿Por cuál de estas tres interpretaciones de la Ilustración se habría inclinado Kant?

Muguerza, J., "Del renacimiento a la Ilustración: Kant y la ética de la modernidad" en *La aventura de la moralidad*, Alianza editorial, Madrid, 2007, p 119-120.

Texto ampliado